



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 26 DE MARZO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Génesis y Apocalipsis

¡HIJOS DE LA MUERTE,
HERMANOS DEL RENCOR!
OLGA DE LEÓN G.

En aquel no tan pequeño pueblo, pocas cosas extraordinarias solían suceder. A lo mejor, una cada cinco o seis años, o cuando muy frecuentemente, cada año bisiesto.

El año que sucedió lo que les contaré, era un año bisiesto, y hacía más de tres años que nada pasaba, nada fuera de lo ordinario y común o lógicamente explicable.

Debido a las altas fiebres que padecí, la memoria me en revezó las fechas, y no estoy muy segura si los hechos empezaron en abril, después del 25 y terminaron hasta principios de agosto o si todo sucedió solo en un día de cualquier mes, que se volvería nefasto, a partir del año de 2001.

Sí, la vida cambió no solo para Andrés, sino para toda la familia. Y, todos fueron infelices desde entonces: más de veinte años de sobrevivir sorteando los rencores o sacudiéndose las mentiras que algunos se fraguaron e incrustaron en sus corazones y alma como si fueran verdades absolutas e infranqueables.

Cada uno tuvo su dosis de dolor, aunque uno fue el foco de atención de toda la familia y se volvió monedita de oro a quien no se le podía reclamar ni decir nada que no le gustara, so pretexto de lastimarlo aún más, y orillararlo al desequilibrio: el mundo empezó a girar en su derredor: que no se entere de nuestras tristezas ni necesidades, que no se le moleste en lo más mínimo: no podemos contarle esto o lo otro, porque se deprime... y, eso sería fatal en su caso.

La vida continuó así, se cometieron injusticias, se relegó a algunos de los hermanos... en la boda religiosa, se les escondió hasta atrás, como si apestaran por estar transitando por un divorcio o separación. En fin, los detalles no vienen al caso y ya ni importan, aunque algunos no olvidarían, a causa de contar con una privilegiada memoria...

Ahora, lo sucedido ese día que aunque sí lo recuerdo muy bien, por estrategia técnica o literaria no quiero revelar, y prefiero asumirme con la memoria alrevesada, fue algo casi inexpresable. Trataré de ponerlo en palabras claras y a la vez sensatas, hasta donde mi dolorido corazón me lo permita:

Hacia mucho tiempo que no llovía, la sequía amenazaba con ser la mayor, no del año ni de la década, sino de todo el siglo pasado y el que recién avanzaba a su año veinticuatro. Mas he aquí que un día cualquiera de abril, el cielo se abrió como partiéndose en dos y por ese enorme hoyo que se dibujó con su partición, salieron dos negros grisáceos, gruesos, fuertes y estruendosos rayos que cayeron casi al mismo tiempo, sobre la tierra de la ciudad, escenario protagónico de este cuento.

Y los rayos no llegaron solos, venían como pegados o incrustados a ellos toda clase de calamidades, infortunios, desgracias, plagas y, lo peor de todo, odios, rencores y autoengaños complacientes para "las víctimas", nefastos para aquellos a quienes se les atribuía su creación y



titularidad: ¡nada más ilógico e injusto! Esa fue la peor plaga que trajeron los rayos y las plagas modernas, como en otros tiempos lo haría "la Langosta" sobre los campos listos para la cosecha.

El resultado: miseria, hambrunas y guerras por la tierra y los alimentos. Lo que sería "ganancias de pescadores" en tiempos de cólera y desgracias.

Las familias infectadas con el virus de la envidia y el desamor, en estos tiempos, harían lo mismo: las mujeres, en lugar de unir, estaban condenadas a ser alfiles en sacrificio, sin el consentimiento de los reyes y reinas; los caballos y las torres abandonarían su condición de defensores y se volverían mezuquinos al acecho de lo que fuera que hubiera o que aún viviera bajo techo.

Al rey y la reina, no les quedaba más que, petrificados, esperar un enroque o definitivamente, un: ¡Jaque mate!

Cuando las aguas vuelvan a sus causas y el hoyo abierto en el cielo, lo cierre el amor: padres, hijos y hermanos, se pedirán perdón: más unos hacia las otras que estas que no son piezas de cuidado... y, tal vez, solo tal vez, tampoco de mucho valor, por ser más bien, "mediocres", "perversas" y "manipuladoras": atributos asignados por "decreto masculino", a las féminas, sean madres, hijas o hermanas: Silencio, perdón y silencio, antes que matar con la verdad.

¡Lo siento!, no siempre es factible hacer cumplir nuestras propias palabras, no al cien por ciento, para decirlo "empíricamente".

EL FRÍO DEL VERANO
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Se trataba de una fiesta organizada por la novia, con su propia familia: con los tíos que vivían a una hora de distancia, las hermanas, los sobrinos y los primos: deseaba presentarles a su novio. El primero que tenía de manera formal en diez años. ¿Se casaría con él? Era difícil saberlo en ese momento, apenas llevaban seis meses de noviazgo y la novia creía que, pasado el enamoramiento inicial de esos primeros seis meses, la relación podía acabar.

En el patio de la casa, la madre y la novia colocaron una lona, mesas y sillas. Del otro lado: el asador. Aunque la costumbre de las carnes asadas no era propia de Oaxaca, el novio había aprendido cosas nuevas durante sus últimos cinco años en Monterrey, entre ellas: asar carne; así es que él se encargaría de encender el carbón, marinar la carne y humearse frente al asador volteando los cortes. Ya se había enamorado del olor a res asada. Los tíos de Saltillo llegaron temprano y no se entremetieron en los deberes del novio, a pesar de lo que este último estaba batallando para encender los primeros carbones: había colocado un pedazo de algodón bañado en aceite comestible, rodeado por un pedazo de leña y varios carbones, formando una chimenea negra que se extendía veinte centímetros a lo alto. Luego roció con alcohol el preparativo y encendió un cerillo que lanzó al asador. El fuego encendió inmediatamente, pero a los pocos minutos comenzó a apagarse. El

aire no corría y había algo más que el novio desconocía: el aceite estaba viejo y contaminado y había perdido las propiedades inflamables que retardaban su ignición. Fue entonces que llegó a la casa el tío Lorenzo.

La novia ya le había advertido al novio que se trataba del tío que siempre había que llevar en su propio auto, a su propia casa, por lo borracho que se ponía en las fiestas. Además, era el tipo de persona que se conducía por la vida con una frase: "quítense, que ahí les voy". Así es que cuando vio que el novio intentaba encender el fuego por segunda vez, le dijo a su sobrina: "pásame un pedazo de cartón". Con él en la mano, se dirigió al asador y le dijo al novio: "¿estás batallando?, déjame echarle aire", y comenzó a mover el cartón de izquierda a derecha y de regreso, rápidamente, una y otra vez, mientras el novio se movía a lo que sería su nuevo lugar a partir de ese momento: el sitio atrás del asador.

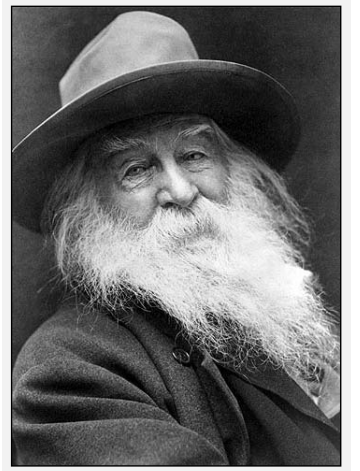
La carne estuvo lista rápidamente. Las mujeres traían hambre y no disfrutaban mucho de las esperas largas. Los cortes de carne estuvieron cocidos justo como los deseaban los comensales. Comieron con hambre y gustosos. Luego vino la música y la charla en derredor de la mesa. Las cubas libres, los jaiboles y las cervezas de sobre mesa. El cielo pardeaba lentamente, mientras el viento refrescaba con un soplo continuo que acariciaba suavemente la reunión. Las risotadas sobre el último viaje de la familia a las Vegas aparecieron, los recuerdos de las travesuras de los primos cuando colocaban botes de leche llenos de agua recargados en las puertas de las casas para cuando sus inquilinos abrieran las puertas. Los recuerdos de Víctor, el padre de la novia, quien había fallecido hacía treinta años, cuando ella era apenas una bebé.

Siempre hubo buena relación entre Víctor y sus cuñados. Compartían los sueños de tener una casa grande y quizás ver coronarse a los Tigres o Rayados como campeones del fútbol mexicano. Poco sabían sobre los problemas de agua que azotarían a la ciudad treinta años después, de lo viejas que se verían sus casas y de lo mucho que mejorarían los equipos locales.

Finalmente llegó la noche a la reunión y el calor del verano desapareció. Se vino un viento frío que pocas veces se había vivido en pleno agosto. "¿Podrías llevar a mi tío Lorenzo a su casa?, yo me voy en mi carro adelante de ti, te guío y luego te regreses conmigo", le dijo la novia al novio. Dos sobrinos subieron al hombre a su auto. El novio salió de El Obispado por Avenida Gonzalitos hasta llegar a Mitras Norte. Estacionó el auto.

Apareció la novia, quien abrió la puerta del copiloto. "Ya llegamos tío, te ayudo a bajar". "Hija, nadie te lo ha dicho, pero tu padre perdió la vida de una manera miserable y me duele mucho", le dijo el tío Lorenzo mientras intentaba salir del auto, mareado por el alcohol y a punto de caer sobre el cemento. "¿Qué quieres decir, tío?". "Tu padre perdió la vida por su propia mano. Con un balazo adentro de su carro".

El frío más extremo del verano entró por el cuerpo de Susana y no habría de salir de él, en muchos años.



Walt Whitman

(West Hills, Estados Unidos, 1819 - Camden, id., 1892) Poeta estadounidense. Hijo de madre holandesa y padre británico, fue el segundo de los nueve vástagos de una familia con escasos recursos económicos. Pasó sólo ocasionalmente por la escuela y pronto tuvo que empezar a trabajar, primero, y a pesar de su escasa formación académica, como maestro itinerante, y más tarde en una imprenta.

Allí se despertó su afición por el periodismo, interés que le llevó a trabajar en varios diarios y revistas neoyorquinos. Nombrado director del Brooklyn Eagle en 1846, permaneció en el cargo sólo dos años debido a su disconformidad con la línea abiertamente proesclavista defendida por el periódico. Su afición por la ópera (género que influyó enormemente en su obra poética) le permitió coincidir en una noche de estreno con un dirigente del periódico de Nueva Orleans Crescent, quien lo convenció de que dejara Nueva York y aceptase una oferta para trabajar en el diario.

Durante el viaje hacia al Sur, que emprendió en 1848, tuvo la oportunidad de contemplar una realidad, la de provincias, para él totalmente desconocida y que, en definitiva, sería decisiva para su carrera futura. Por todo este conjunto de experiencias, cuando regresó a Nueva York, unos meses después, abandonó el periodismo y se entregó por completo a la escritura.

La primera edición de su gran obra, Hojas de hierba (Leaves of grass), no vio sin embargo la luz hasta 1855. Esta primera edición (habría otras ocho en vida del poeta) constaba de doce poemas, todos ellos sin título, y fue el propio Whitman quien se encargó de editarla y de llevarla a la imprenta. De los mil ejemplares de la tirada, Whitman vendió pocos y regaló la mayoría, uno de ellos a Ralph Waldo Emerson, importante figura de la escena literaria estadounidense y su primer admirador. Su crítica, muy positiva, motivó a Whitman para seguir escribiendo, a pesar de su ruinosas situación económica y de la nula repercusión que, en general, habían tenido sus poemas.

Al año siguiente apareció la segunda edición, y cuatro años más tarde la tercera, que amplió con un poema de presentación y otro de despedida. La noticia de que su hermano George había sido herido, al comienzo de la Guerra Civil, le impulsó a abandonar Nueva York para ir a verle a Fredericksburg. Más tarde se trasladó a Washington, donde, apesadumbrado por el sufrimiento de los soldados heridos, trabajó voluntariamente como ayudante de enfermería.

Tras el fin de la contienda, se estableció en Washington y trabajó para la Administración. Allí publicó varios ensayos de contenido político, en los cuales defendía los ideales liberales y la democracia, pero rechazaba el materialismo que, a su juicio, impregnaba la vida y las aspiraciones de la sociedad estadounidense. Aquejado de varias enfermedades, en 1873 se vio obligado a abandonar Washington y trasladarse a Camden, en Nueva Jersey, donde permaneció hasta su muerte. Dedicó los últimos años de su vida a revisar su obra poética, y a escribir nuevos poemas que fue incluyendo en las sucesivas ediciones de Hojas de hierba.

Whitman fue el primer poeta que experimentó las posibilidades del verso libre, sirviéndose para ello de un lenguaje sencillo y cercano a la prosa, a la vez que creaba una nueva mitología para la joven nación estadounidense, según los postulados del americanismo emergente. El individualismo, los relatos de sus propias experiencias, un tratamiento revolucionario del impulso erótico y la creencia en los valores universales de la democracia son los rasgos novedosos de su poética; en línea con el romanticismo del momento, propuso en su poesía una comunión entre los hombres y la naturaleza de signo cercano al panteísmo.

ad pédem literae

Una nación sin elecciones
libres es una nación sin voz,
sin ojos y sin brazos

Octavio Paz

Letras de
buen humor

Bromea es una de las cosas
amenas de la vida, pero cuesta
muchos años de aprendizaje

Lin Yutang

Mónica Lavín

Eugenio Aguirre

Eugenio Aguirre murió hace unos días. Su novela Gonzalo Guerrero (Planeta) lo puso en el candelero en 1982. La novela de corte histórico fue el género que más cultivó, además del cuento y el ensayo. En algunos de los puestos que ocupó ideó proyectos para que los escritores tuvieran una fuente de trabajo y la salida de una publicación como aquella colección ¿Ya leSSTE? que publicó el ISSTE en ediciones baratas donde muchos escritores fuimos invitados. Pero sobre todo Eugenio Aguirre fue un hombre gentil y generoso. Un maestro. La generosidad es una escasa joya en la conducta humana. Solemos velar cada quien para su santo y en cambio que alguien te dé la mano, un empujoncito o te ponga un escalón se agradece enormemente.

El primer libro que se publica es como el banderazo de salida para un escritor. Es creérsela. Remitirse a las pruebas. Apuntala el compromiso, coloca la primera piedra en la construcción de un edificio y Eugenio Aguirre tuvo que ver con ello cuando, como director editorial de la Dirección de Publicaciones de la SEP en los ochenta, ideó la colección Letras nuevas dentro del programa SEP

CREA. Yo tenía aquel manuscrito con mis primeros cuentos reunidos, una vez que me decidí a dejar la biología. Mi amigo el escritor Martín Casillas tenía una editorial y yo ingenuamente pensé que sería muy fácil publicar ahí. Pero él me colocó en la realidad: la editorial tenía que vender.

La editorial no lanzaba escritores, publicaba a Silvia Molina, a María Luisa Puga, Margo Glantz, Hugo Hiriart, Jaime del Palacio. Pero como el amigo que siempre ha sido, en cuanto Martín supo de esta colección para autores menores de 30 años, me dio el teléfono de Roberto Vallarino a quien debía entregar el manuscrito.

Esto sucedió en una banca del centro de Coyoacán (Coyoacán de mi corazón, que por cierto estos días estrena Feria internacional del libro). Uno entrega un manuscrito como si diera un pedazo del cuerpo, una mano. Casi lo ve gotear sangre cuando se lo lleva el escritor que conoces por primera vez y que es parte del comité que decidirá junto con Andrea Huerta y Carlos Mapes si los cuentos reunidos pasan la prueba. Mientras ocurre el sismo del 85 y nace tu hija y estás refugiada con tu marido y la bebé



en el estudio de tu hermana María José recibes la llamada telefónica, aquel primer Sí reconfortante: tu libro será publicado. Empiezas a cambiar la palabra manuscrito por libro con título: Cuentos de desencuentro. No puedes reunirte con Carlos Mapes que tiene sugerencias para el libro. Ese primer trabajo a la vera de un editor. Lo hacen todo por teléfono, teléfono de disco. Y cuando por fin el libro está listo con aquellas portadas de la colección que mostraban partes del teclado de la máquina de escribir, conoces a Aguirre en su oficina.

En esa colección nacimos varios de los escritores que seguimos escribiendo: Óscar de la Borbolla, Ana Clavel, Rosa

Beltrán. Quien iba decir que Rosa y Ana se volverían mis amigas al paso del tiempo, acompañantes de los proyectos de escritura. Más tarde, gracias a una recomendación de Eugenio Aguirre, tuve la suerte de aparecer en la revista El cuento que dirige Edmundo Valadés. Valga este retrato de época para desandar el tiempo y convocar a muchos de los que ya no están.

Eugenio Aguirre tuvo una candorosa forma de estar en el mundo y de ser amigo. Y si ya no está con nosotros, y no le di las gracias porque sé cuán difícil es la publicación del primer libro, hay que procurar que su nombre no se borre, ni su memoria y que sea leído y recordado.